

NEO-POPULISMO ECOLÓGICO

Joan Martínez Alier

En este año de 1993, la editorial La Piqueta de Madrid, que ya tiene en su haber la edición de la traducción castellana de *La Gran Transformación* de Karl Polanyi (un texto clásico sobre las transformaciones sociales y ecológicas de la Revolución Industrial que, por no ser marxista ni liberal, aún no había encontrado traductor desde su publicación en 1944), esa misma editorial ha publicado en su colección «Genealogía del Poder» el libro de Manuel González de Molina y Eduardo Sevilla Guzmán titulado **Ecología, Campesinado e Historia**. Es una etapa más en el camino de estos dos autores que en Andalucía representan una propuesta de «neopopulismo ecológico». El libro reúne una larga introducción de Sevilla y González de Molina, que sintetiza materiales e ideas bien diversos, y una colección de artículos o conferencias de diversos autores. Algunos europeos o latinoamericanos, como van der Ploeg y Víctor Toledo; otros andaluces, autores maduros como Antonio Miguel Bernal e Isidoro Moreno o recién doctorados como Pablo Palenzuela. No todos ellos son campesinistas ecológicos, pero sus trabajos están todos centrados en la desaparición o resistencia del campesinado (y proletariado agrícola) y en el conflicto entre lógica económica mercantil y lógica ecológica.

El presente libro encaja dentro de una incipiente escuela a la que sin duda Angel Palerm, el antropólogo mexicano, hubiera hecho contribuciones importantes de haber vivido sólo unos pocos años más. Esta escuela reúne en sus análisis las aportaciones

más interesantes de los estudios sobre el campesinado, particularmente las de los populistas rusos o *narodniki* y el neopopulismo de Chayanov, junto con la apreciación desde la Ecología como ciencia por los logros históricos de las formas campesinas de manejo de los recursos naturales y desarrollo de la biodiversidad, y el respeto a unos valores morales que pueden parecer pre-modernos, al considerar las relaciones entre los humanos y la naturaleza en términos de armonía, y no de subordinación o de mercantilización. Pero no es sólo el campesinado tradicional el sujeto político potencial del ecologismo popular, también en muchas protestas urbanas y en conflictos industriales notamos la presencia de ingredientes similares. Por ejemplo, hubiera estado bien en este libro tan andaluz un capítulo sobre la lucha sindicalista, campesina y cívica, en la que seguramente las mujeres tuvieron un papel importante, contra la contaminación de la empresa Río Tinto, que en 1888 culminó en una sonada masacre a cargo de la Guardia Civil, en ese «año de los tiros».

El artículo de Víctor Toledo, «La racionalidad ecológica de la producción campesina», un clásico de la antropología económico-ecológica y al mismo tiempo (en el contexto mexicano) un proyecto político con alguna vigencia aún, se publica aquí por primera vez en castellano. Su edición original fue en inglés (tras una estancia de Toledo en Berkeley en 1988 a invitación del agroecólogo chileno Miguel Altieri). El último capítulo del libro es la contribución

de Franciso Garrido, portavoz de Los Verdes en España en 1993, titulada «El problema de la tierra y el movimiento jornalero andaluz: algunas ideas desde la ecología política».

Según Toledo, la participación del campesinado en los flujos económicos del mercado permanece subordinada al logro de su autosuficiencia. Dado que ésta depende esencialmente del uso de los recursos naturales, «el mantenimiento y reproducción del campesino y de su familia se basa más sobre los productos que vienen de la naturaleza que de los bienes obtenidos en el mercado»; de ahí el manejo ecológico de los recursos, el respeto a la diversidad, el policultivo, la estrategia «multiuso». Pero Sevilla y González de Molina se preguntan, ¿son todos los campesinos realmente tan ecológicamente inocentes? ¿Por qué cambian sus sistemas tradicionales por otras prácticas que llevan a la degradación ambiental? ¿Por qué en un contexto andaluz hoy en día, y en Europa desde hace tiempo, no se observa apenas diferencia relativa en el uso de insumos exteriores y en la degradación ambiental en fincas de distinto tamaño? No son siempre los grandes propietarios los más dañinos. Hay que estudiar pues la relación entre las prácticas de cultivo y las estructuras sociales, para entender cómo en Andalucía la reivindicación de la agroecología ha estado en los últimos tiempos a cargo del Sindicato de Obreros del Campo, mientras que en Gran Bretaña los conservacionistas rurales son Conservadores en la política.

La reconsideración de la Revolución Liberal del siglo XIX por González de Molina (también la insinuación de Mario Gaviria, en la entrevista en la revista *Archipiélago*, nº 8, 1992, que tal vez los primeros Carlistas hayan sido ecologistas) son aportaciones muy interesantes para adecuar a la historia española esa idea del «neopopulismo ecológico» que independientemente, diversos autores, inspirados por distintos movimientos sociales (de Chipko a Chico Mendes), están proponiendo en el mundo. Este libro constituye una contribución notable a esa escuela geográficamente dispersa. En esta revista, *Ecología Política*, aparte de un artículo de Sevilla y González

de Molina (en el nº 3) han aparecido otros artículos en una línea similar: de Brinda Rao sobre conflictos sobre el agua en Maharashtra, de Henk Hobbelink sobre la lucha campesina para mantener el control sobre sus propias semillas... y el de Fernando Mires en el número actual.

En el lenguaje menos académico, la existencia de ese ecologismo popular del Sur, de ese ecologismo de los pobres, ha sido señalada en diversos lugares. Así en el Perú, se ha dicho:

«A primera vista los ecologistas son unos tipos un poco locos que luchan porque los ositos panda o las ballenas azules no desaparezcan. Por muy simpáticos que les parezcan a la gente común, ésta considera que hay cosas más importantes por las cuales preocuparse, por ejemplo, cómo conseguir el pan de cada día. Algunos no los toman como tan locos sino como vivos que con el cuento de velar por la supervivencia de algunas especies han formado «organizaciones no gubernamentales» para recibir jugosas cantidades de dólares del exterior. (...) Pueden ser verdaderas hasta cierto punto esas opiniones, sin embargo en el Perú existen grandes masas populares que son ecologistas activas (por supuesto que si a esa gente le digo «eres ecologista» puede contestarme «ecologista será tu m...» o algo por el estilo). Veamos: ¿no es acaso ecologista muy antiguo el pueblo de Bambamarca que más de una vez luchó valientemente contra la contaminación de sus aguas producida por una mina? ¿No son acaso ecologistas los pueblos de Ilo y de otros valles que están siendo afectados por la Southern? ¿No es ecologista el pueblo de Tambo Grande que en Piura se levanta como un solo puño y está dispuesto a morir para impedir la apertura de una mina en su pueblo, en su valle? También es ecologista la gente del Valle del Mantaro que ha visto morir las ovejitas, las chacras, el suelo, envenenados por los relaves de las minas y el humo de la fundición de La Oroya. Son completamente ecologistas las poblaciones que habitan la selva amazónica y que mueren defendiéndola contra sus depredadores. Es ecologista la población pobre de Lima

que protesta por estar obligada a bañarse en las playas contaminadas»¹.

Una lista así podría ampliarse muchísimo, tanto histórica como espacialmente, y también podrían ampliarse los tipos de protestas sociales. Los autores que en el mundo escriben sobre el ecologismo popular no confunden el contenido ecológico de antiguos o recientes conflictos sociales en el uso del lenguaje ecologista del Atlántico Norte

¹ Artículo de Hugo Blanco (de la Comisión de Medio Ambiente del Senado del Perú) en *La Repu-*

influido por la ecología científica. Estos autores tampoco piensan que el ecologismo sea un fenómeno relacionado con valores «postmaterialistas» sino, al contrario, es un amplio movimiento con raíces en el Sur más que en el Norte, todavía no del todo consciente de sí mismo, que lucha por la conservación de los recursos naturales pues de ellos dependen materialmente los pobres para su supervivencia.

blica, 6 abril 1991.

El tiempo a su favor

Integral lleva quince años adelantándose a su tiempo.

Además de introducir la medicina y la alimentación natural en nuestro país, fue la primera publicación en alertar sobre problemas como la lluvia ácida, la desaparición de la capa de ozono y de las selvas tropicales o la situación que viven hoy las minorías étnicas. Ninguna revista presenta mejor las propuestas vitales, la denuncia comprometida de actualidad y la obra de quienes saben captar la belleza de la naturaleza.

